
Lagos de Moreno en 1973

Andrés Fábregas Puig
El Colegio de Jalisco

Llegué a la ciudad de Lagos de Moreno por primera vez el 15 de junio de 1973. Había hecho el viaje en tren desde la ciudad de México junto con un grupo de estudiantes de Antropología de la Universidad Iberoamericana, institución en la que me desempeñaba como profesor. Me preparaba para iniciar un plan de investigación antropológica con el objeto de escribir una tesis para optar por el grado de doctor en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, previa estancia de año y medio cursando el postgrado en el Departamento de Antropología de la Universidad Estatal de Nueva York, en el campus de Stony Brook en la Isla Larga. Mis experiencias anteriores de trabajo de campo antropológico habían transcurrido en la región de Chalco-Amecameca en el estado de México y en la zona de influencia de la ciudad de Cuauhtla, estado de Morelos. En estas circunstancias, la experiencia en Lagos de Moreno representaba —y representó— para mi no sólo la introducción a Los Altos de Jalisco y el Occidente mexicano, un orbe cultural distinto al de mis experiencias previas, sino también la oportunidad de madurar mi formación como antropólogo.

Caminar por las añejas rúas de Lagos es una experiencia singular. Descubrir un paisaje urbano equilibrado, una ciudad elegante, de plazas sobrias y espaciosas, de muros de cantera que a la menor provocación del Sol responden con fintas de color, es una emoción subyugante. ¿Cómo describir lo que uno siente cuando traspasa por primera vez el umbral de la Parroquia construida bajo la dirección de alguien aún desconocido? Qué intenso compromiso adquirió

el arquitecto, con qué profundidad, ante este paisaje fronterizo, logrando un edificio portentoso. Sin duda, la Parroquia preside el paisaje urbano de Lagos testimoniando los primeros andares de lo que, con el paso del tiempo, vendría a constituir una ciudad de perfiles culturales bien definidos. Hay un espíritu pionero en esta arquitectura, una actitud abierta que es la impronta de los laguenses, un cierto dejo de rechazo al encierro, que hacen de Lagos de Moreno una ciudad contrastante con otras urbes mexicanas similares. En breve: admiración, sorpresa, curiosidad y unos infinitos deseos de conocer fueron las impresiones primeras que me provocó Lagos.

En aquel mes de junio de 1973, Lagos de Moreno albergaba aproximadamente a 34 000 habitantes, la mayoría concentrados en la cabecera que administraba un entorno rural formado por siete delegaciones. El señor Manuel Flores Tostado presidía a un Ayuntamiento que afrontaba los problemas de crecimiento de la ciudad entre los que destacaba el de la falta de drenaje en los barrios periféricos. Asociado a este aspecto, había una escasez de agua potable que el Ayuntamiento subsanaba surtiendo hasta 14 pipas al día para mitigar la sed de miles de ciudadanos, atizada por los calores veraniegos. Era aquel un momento de notorio movimiento de la población rural hacia la ciudad lo que provocaba la complejidad de los problemas.

Lagos nucleaba una importante actividad productiva gracias a la presencia de la compañía Nestlé, La Danesa, la fábrica Swismex, la factoría de quesos y dulces además de pasteurizadora Lagos de Moreno (los dulces llevaban la marca de "El Fuerte" y solían ser de excelente calidad) y varios talleres de calzado, además de dos imprentas. No obstante esta infraestructura, había una incipiente corriente migratoria atraída por la ciudad de León, muy cercana, en el vecino estado de Guanajuato. Incluso, no faltó el laguense que, preocupado, me expresara: "ya nadie quiere regresar al campo que se está quedando solo, provocando problemas a la ciudad puesto que de allí se sostiene".

El Ayuntamiento desarrollaba una intensa actividad para estimular la organización de los habitantes de

los barrios, tocándome la fortuna de presenciar la movilización ciudadana para formar los comités de barrio que fueron esenciales en la detección de los problemas y el orden jerárquico para resolverlos. Por cierto, el entorno rural de Lagos que mencioné, se caracterizaba por la existencia de amplios potreros que albergaban a una sólida ganadería de leche y una bien estructurada actividad agrícola. Entre los cultivos destacaban el sorgo, la alfalfa, el trigo y el maíz. La familia Rincón Gallardo aún poseía el viejo y espléndido casco de la legendaria hacienda Ciénega de Mata, una de las cunas de la charrería. Pero eran la pequeña propiedad y en menor medida los ejidos, las formas más extendidas de tenencia de la tierra, sobre todo, la primera. Varias veces escuché la opinión de entre los agricultores, que el problema no era la tenencia de la tierra sino la falta de recursos para modernizar la producción.

He mencionado la presencia de cierta actividad industrial en la ciudad. Por ejemplo, la fábrica de quesos y pasteurizadora Lagos de Moreno, a la que estaba adosada la factoría de dulces "El Fuerte", contribuía a la absorción de una parte de la mano de obra que llegaba a la ciudad. La planta de esta fábrica se dividía en secciones que estaban en correspondencia con las fases del proceso de transformación de la leche cuya culminación resultaba en la producción de quesos y dulces. Por aquellos días laboraban en la fábrica 150 obreros divididos en tres turnos. Visitando la planta y conversando con los operarios obtuve la impresión de que el turno más importante era el de la mañana que iniciaba a las siete horas y terminaba a las quince. La fábrica contaba con un laboratorio de control de calidad de la leche cuyo personal empezaba labores a las ocho y media de la mañana terminando a las dieciséis y media horas. La mayoría de los obreros cobraba el salario mínimo de 24 pesos diarios que regía por aquellos días. Los trabajadores administrativos tenían un estipendio ligeramente mayor. Todo el personal era de tiempo completo, pero ninguno provenía de una tradición obrera propiamente dicha. Había no pocos casos de estos obreros que aún se consideraban campesinos y varios eran pe-

queños ganaderos, propietarios de breves ranchos situados alrededor de Lagos. Casos me encontré de familias completas trabajando en la fábrica.

La fábrica de dulces "El Fuerte", presentaba todas las características de un local albergando una actividad artesanal más que industrial. Allí laboraban doce hombres, todos de orígenes campesinos. Trabajaban en un turno que iniciaba a las siete horas y finalizaba a las quince. Casi a coro, a pregunta que hice, me respondieron: "no trabajamos con mujeres porque uno se distrae." En efecto, el personal femenino de la fábrica de quesos trabajaba, en uniforme azul, en las secciones de empaclado de los quesos y en el laboratorio de control de calidad.

En aquel momento, la fábrica absorbía la producción lechera de 39 rutas, que representaban alrededor de 1 500 productores de leche. De éstos, según documentos a los que tuve acceso, 200 producían 500 litros mínimo en contraste con el resto, unos 1 300, que eran verdaderos pequeños productores quienes, después de reservarse la leche necesaria para el consumo familiar y la elaboración de queso adobera y panelas, sólo vendían de entre uno a dos litros diarios. Con todo, la fábrica recibía cerca de 70 000 litros diarios de leche, transportados por los ruteros, personajes que, muy pronto caí en cuenta, eran parte importante de la estructura social alteña. La fábrica pagaba a estos ruteros entre 1.35 y 1.60 pesos de aquellos tiempos, por litro entregado de leche, importe que incluía el pago al productor. Me asombró averiguar que los mercados importantes para esta fábrica se localizaban en Monterrey, León y alguna otra ciudad del norte del país. Guadalajara era referencia más bien lejana, lo que ha cambiado en los últimos años.

La vida en Lagos era matutina y vespertina. Los comercios abrían sus puertas a la clientela entre las nueve y las once de la mañana, cerraban a las catorce horas y, pasada la comida, abrían de nuevo a las dieciséis horas para finalizar actividades entre las dieciocho y las diecinueve horas. Se editaban dos periódicos: uno, semanal, se llamaba *Vértice* y estaba dirigido por el señor Villagrán; el otro, un diario, llevaba el nombre de *Provincia* y lo dirigía

el señor Terrés. En mi diario de campo escribí: "Puede decirse que la prensa local está hecha por los intelectuales mientras en otros municipios tiene tinte oficial al estar editada por los Ayuntamientos". Además de los periódicos, la vida cultural de Lagos se animaba con la asistencia a cualquiera de los dos cines que ofrecían funciones desde las dieciséis hasta las veinte horas.

Los domingos la ciudad cobraba una especial animación. Por la mañana parecía que los sacerdotes, el espacio de la Parroquia y aún el día mismo, no serían suficientes para atender a miles de fieles que no sólo acudían a oír misa, sino también al arreglo de múltiples asuntos relacionados con la Iglesia. La mañana dominguera era siempre religiosa. A partir de las siete de la tarde, la animación cambiaba con el inicio de la serenata cuando cientos de jóvenes lagunenses se reunían en el parque central, frente a la Parroquia, para practicar el ritual de las vueltas al parque y cortejarse entre sí. La estructura de clases de la ciudad se presentaba con asombrosa claridad en esos instantes juveniles. La ropa y los atuendos simbolizaban el estatus de sus portadores y aún había quienes, manifestando su pertenencia a la cúpula de la estratificación social, permanecían en sus autos pero siempre atentos a lo que estaba sucediendo en el parque. El personal de "La Troje", la cafetería-restaurante frente a un costado de la plaza, no se bastaba para atender a los juveniles parroquianos que, en su gran mayoría, consumían café y refrescos. Uno que otro, y esto era más bien esporádico, se tomaba un vaso de vino rojo para acompañar el queso y el birote, sin rival en la geografía mexicana del pan.

Poco a poco, a un ritmo sosegado, la serenata se diluía, la animación de "La Troje" se apagaba y al dar las nueve de la noche el parque lucía desierto, como respetuoso de la magnificencia de la Parroquia que proyecta sus torres de singular belleza contra el manto estrellado de la noche lagunense.

El 21 de junio de 1973, en una mañana de sol abrumador, más que brillante, ostentoso de sus facultades, llegué al Pueblo de Moya. Está situado hacia el lado oriente de la ciudad y accedí al mismo por la carretera que va a León. Los

historiadores jaliscienses nos enseñan que este buen pueblo es fundación de tlaxcaltecas, pueblo de indios, ocurrida en 1709. En aquellos días estaba claramente separado de la ciudad presentando una fisonomía muy propia. Recuerdo a Pueblo de Moya con una amplia plaza en donde se localiza la iglesia, ningún edificio administrativo, y desde donde se traza la anatomía del pueblo. Calculé –después de un buen rato de “hacer antropología con los pies” - que allí se congregaban unos 3 000 habitantes. Casi todas las casas tenían el techado a dos aguas, entejadas y con paredes de adobe.

Sin duda, el Pueblo de Moya era un lugar huertero. Casi no encontré casa que no tuviera adosada una amplia huerta sembrada de flores, legumbres, verduras y maíz. También había árboles frutales: chabacanos, duraznos, higos. Añejos pozos proveían el agua que irrigaba las huertas. Conforme caminaba iba descubriendo la riqueza de los cultivos, su variedad, y la sapiencia campesina de los habitantes de este pueblo.

En una de las huertas me llamó la atención una mujer de más que mediana edad, espigada, con la enagua larga, trabajando bajo el claroscuro producido por las hojas de los árboles, en un ambiente fresco contrastante con la falta de misericordia del sol. Me acerqué a platicar con ella mientras observaba su trabajo. “Estoy limpiando la tierra”, me dijo. En noviembre sembraría apio y acelga, como año con año lo hace. Después de apartar para el gasto de su casa, vendía la producción en el mercado de Lagos a dos pesos la docena. Complementaba el trabajo en la huerta tejiendo canastas de plástico por encargo. Al preguntarle por los terrenos de cultivo alrededor del Pueblo de Moya su respuesta fue: “No los controlamos nosotros, sino que son de otros, de gentes de Lagos.” En cambio, las huertas sí eran propiedad privada. Esta mujer, a quien visité después en varias ocasiones, hacía producir a su huerta todo el año, esquivando con éxito las temporadas de heladas. De ella aprendí que el terreno de cultivo de las huertas se llama melga y que oscilaban entre media y una hectárea. En ocasiones, una parte del terreno de las huertas se sembraba con carrizo para confeccionar la cestería.

Si bien los pozos eran la fuente para el regadío no lo significaban para beber. Todos los días llegaba al Pueblo de Moya un aguador que repartía el agua casa por casa. La transportaba, como él decía, “desde un rancho a cinco kilómetros de aquí”. Iniciaba su trabajo al despuntar el alba, a las cinco de la mañana, y terminaba a sol batiente, a las catorce horas. Hacía un total de tres viajes cotidianos para alcanzar a surtir a todo el pueblo. Me llamaba la atención verlo transportar el agua en una pequeña carreta metálica tirada por una mula.

Hacia el suroeste de Lagos se localiza la “otra banda”, justo atravesando el río por medio del hermoso puente colonial, famoso por aquello de que se pasa por arriba. La “otra banda” carecía de un centro a la manera del de Pueblo de Moya, pero sí había una pequeña capilla. El lugar estaba rodeado de los maravillosos “árboles del Perú” importados en su momento por el virrey don Antonio de Mendoza y cuyo nombre en México se quedó en “Pirul” porque “vino del Pirù” (Perú). También había robles y pinos. Era notoria la presencia de un casco de hacienda en una parte que los lugareños decían había estado “El Baluarte”. En los campos, a un costado de las edificaciones de la hacienda, había sembradíos de alfalfa y carrizo. Me llamó la atención la mecanización del campo y los montones de rastrojo que anunciaban el fin de la cosecha de maíz. Además en estos campos había riego como lo evidenciaban los canales. Al igual que Pueblo de Moya, la “otra banda” presentaba aspectos diferentes comparado con el patrón urbano de Lagos. Me pareció que ambos asentamientos guardaban similitudes con los pueblos campesinos del valle de Puebla-Tlaxcala, incluso por la existencia de las huertas y el uso de las melgas y los canales como técnicas de cultivo.

El 21 de junio, por la tarde, la ciudad celebró la procesión de *Corpus Christi*. Había esa tarde (alrededor de las 17 horas) una animación especial debido a la presencia del Obispo de San Juan de los Lagos presidiendo la procesión. Abrían esta los “niños pajes” y los “porta estandartes” de las 22 organizaciones religiosas que participaban. La plaza central era el escenario de los paseos del palio y la custodia más el acto de las “pequeñas meditaciones”. La

pulcritud del rito católico, apostólico y romano era sobrecogedor, sobre todo practicado multitudinariamente como era el caso. Una vez que aquel inmenso río humano dio la vuelta completa al jardín central, respetando los descansos de rigor, se dirigió a la Parroquia. En la puerta del atrio se iniciaba la valla franqueada por la banda de guerra escolar. Era impresionante observar a los combatientes cristeros, a los veteranos de aquella guerra, con sus medallas e insignias, en perfecto y ordenado grupo. La festividad culminó con la misa celebrada por el propio Obispo de San Juan, cuando ya las primeras sombras de la noche invadían la ciudad.

El barrio de San Felipe, nucleado alrededor de su capilla, celebra su fiesta a partir del 12 de julio. En la puerta de la iglesia se fijó el programa que en 1973 anunciaba el orden de las peregrinaciones. Era el siguiente:

Jueves 12: los taxistas.

Viernes 13: la Unión de Comerciantes en pequeño y sectores Popular y Obrero.

Sábado 14: estibadores.

Domingo 15: Cámara Nacional de la Propiedad Privada de contribuyentes y usuarios.

Lunes 16: fiesta mayor del barrio: peregrinación de la gente de San Felipe.

Los taxistas de Lagos reconocen como patrona a la virgen del Carmen. De acuerdo con el programa del 12 de julio de 1973, a ellos correspondía abrir las festividades del barrio de San Felipe. Estas se iniciaron por la tarde con las danzas de los matachines, precisamente en la plaza en donde se localiza el sitio de autos. La cuadrilla de aquella tarde venía de San Juan de los Lagos y la componían veinte danzantes vestidos con la *nahualli* o mandilillo, más el corpiño. Portaban coronas y calzaban el huarache zacatecano. Completaban el atuendo las flechas y los guajes. La cuadrilla se disciplinaba obedeciendo las indicaciones de un capitán y un jefe. Por cierto, esta cuadrilla, que danzaba el 12 de julio de 1973, se había formado gracias a que su jefe así lo prometió a la virgen de San Juan de los Lagos. Bailaban por invitación cobrando dos mil pesos por día completo y mil por "sólo una tarde", como era el caso. El capitán era un

danzante espléndido. Interpretaba con una emoción particular, con una gran concentración, los ritmos rítmicos de la danza de los matachines. Por aquel 1973 cumplía 16 años de danzar. Él me explicó que la cuadrilla se componía de los matachines propiamente dichos, los morenos y el tambor. Los morenos vestían remedando a personajes de las haciendas: el caporal, con su pantalón de cuero; el catrín, con su traje impecable de señorito y finalmente, otros vestían remedando a las mujeres de la hacienda. Todos los morenos portaban máscaras en contraste con los matachines que danzaban a rostro descubierto. Los mismos danzantes confeccionaban sus trajes con la excepción del huarache zacatecano.

Aquel día 12 de julio de 1973, la peregrinación se puso en marcha al pardear la tarde, alrededor de las 18 horas. La abrió a ritmo impresionante, de vértigo, la cuadrilla de matachines que, a paso de danza, iba anunciando la presencia de la virgen del Carmen. Ésta venía inmediatamente detrás de la cuadrilla de danzantes, transportada en un camión profusamente adornado para la ocasión con papeles de color rosa y amarillo, los colores de la virgen. Detrás del camión seguía propiamente la procesión que cerraban los taxistas manejando sus autos adornados con claveles. En uno de estos autos, se colocó en el techo a otra imagen pequeña de la Virgen, como símbolo de la devoción de los taxistas.

La fuerte danza de los matachines, el acompasado sonido del tambor, el ruido sincronizado de los pies peregrinos, conformaron un momento culminante en la creación de cultura popular. La maraña de símbolos, los rostros siempre activos de los que procesionan, la convicción que transmiten, permiten al antropólogo asomarse al ritual comunitario, a la puesta en práctica en forma dramatizada de la cohesión comunal. Son momentos intensos, de quiebre de la frialdad intelectual para dar paso a la vocación gregaria de los humanos. El escenario en 1973: un barrio de la muy noble y muy señorial ciudad de Lagos de Moreno.

Al llegar a la puerta de la capilla de San Felipe, calló el tambor, el *huéhuettl*, que dicen los nahuas, descansó

el pie danzante y se detuvo la procesión toda. Con una solemnidad estrujante, la Virgen fue descendida de su sitial y entregada a la Archicofradía de Nuestra Señora del Carmen que la introdujo a la iglesia. Detrás, la procesión fue ocupando ordenadamente las bancas del recinto. Una vez colocada la Virgen en el altar, se celebró la Santa Misa, culminación del ritual católico. Mientras, en el barrio, los juegos iniciaron con los toritos, los cohetes, el disfrute de la comida en puestos cuya oferta parecía infinita; está, por supuesto, el imprescindible carrusel, los caballitos, al lado de la rueda de la fortuna y los tiros al blanco. En fin, la fiesta popular.

En realidad, esta fiesta del barrio de San Felipe es el inicio de un ciclo que va del 12 de julio al 6 de agosto, periodo que los habitantes de Lagos de Moreno viven con intensidad, lo disfrutan y les provee de un marco de identificación colectiva que reafirma la identidad laguense.

Una parte especialmente valiosa del patrimonio cultural de la ciudad de Lagos de Moreno es el Archivo Parroquial. Su riqueza es de notar. Quien quiera entender la fase formativa de la ciudad y las transformaciones de la estructura social y la cultura, debe explorar este archivo. Por supuesto, un periodo de la importancia que reviste la guerra cristera en la figuración del México contemporáneo, está resguardado en los viejos papeles parroquiales. Incluso, el periódico *David*, tan importante para el estudio de las ideas, está guardado en el archivo parroquial. En 1973 había una serie que iba del número 99 al 115 junto con la correspondencia cruzada en 1937 entre el párroco de Lagos con varios de sus colegas alteños y con el cardenal Garibi Rivera, en la que se discute la oportunidad de organizar un congreso eucarístico. Menciono también a los Libros de Gobierno, que contienen información sustancial para el interesado no sólo en la cuestión religiosa sino en los procesos que desembocan en la formación de una región. Así mismo, los interesados en los procesos demográficos encontrarán abundante información en los libros de matrimonios, bautismos y defunciones, que también aclaran rasgos esenciales del sistema de parentesco y la estructura social en general. Están, así mismo,

los libros de las diferentes cofradías, conteniendo material valioso para reconstruir la historia económica de la región y de la ciudad de Lagos, además de los datos que aportan para comprender la estructura social.

Mientras trabajaba en el Archivo Parroquial, tuve la magnífica oportunidad de observar el intenso movimiento a su alrededor. En efecto, constantemente llegaban personas a solicitar diferentes servicios. Lo que me llamó la atención es que el movimiento no era esporádico sino constante. Lo que con más frecuencia se repetía eran las solicitudes de boletas de bautizo y actas de matrimonio que, por lo que oí, eran documentos indispensables para muy diverso orden de trámites.

En 1973, la preparatoria tenía entre 8 y 9 años de fundada. Previa a ella, funcionó el Liceo del Padre Guerra, institución en la que estudiaron intelectuales laguenses de la talla de Agustín Rivera o Mariano Azuela. Según contaban varios distinguidos laguenses atentos al devenir de su ciudad, “se llamó Liceo del Padre Guerra porque cuando este murió dispuso una cantidad de dinero destinada a la fundación y funcionamiento de dicho Liceo”.

Además de la preparatoria, y por supuesto, la escuela secundaria, en aquellos días Lagos era sede de cursos especiales para el magisterio rural, sin que ello significara la existencia de una escuela Normal para maestros.

Entre otros libros, en aquel 1973, se leía y comentaba en la ciudad de Lagos el texto de un laguense distinguido, Alfonso de Alba, *El Alcalde de Lagos y otras consejas*, texto de buena factura literaria. Y en esto de leer, la Biblioteca Pública Municipal me descubrió textos indispensables no sólo para estudiar a Lagos de Moreno, sino a Jalisco en general incluyendo, obvio, a la región alteña. Fue en esta biblioteca, rodeado de escolares que hacían sus tareas, que leí libros como el del Alfonso de Alba Martín, *Entonces y ahora: relatos de Lagos*,(1944); el de Antonio Gómez Robledo, *Anacleto González Flores: El Maestro*,(1939); los textos de excelencia de Agustín Rivera, *Viaje a las ruinas del Fuerte del Sombrero*,(1875) y el que más me impresionó, *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia*,(1963). En

esta misma biblioteca y del mismo Agustín Rivera leí *El liberalismo no es pecado*, alegato sorprendente por su concisión en defensa de las tradiciones del pensamiento liberal mexicano. Fue en esta biblioteca que descubrí la *Estadística de Jalisco*, (1873) de Longinos Banda, texto indispensable para un estudioso de las cosas jaliscienses.

Lagos de Moreno es una ciudad cuya historia nos remite a los procesos y sucesos que dieron lugar al nacimiento de México como país. De Lagos proviene una actitud que identifica a la catolicidad como sustancia de lo mexicano pero también, como un patrimonio criollo de tinte libertario. Allí están el insurgente Pedro Moreno y su compañero español de combate, Francisco Javier Mina, para probarlo. De la prosapia de esta ciudad es producto Agustín Rivera, sacerdote y pensador liberal a la vez, síntesis él mismo de la configuración cultural del mexicano y, sin discusión, un talento a la hora de escribir historia. Lagos fue la ventana al mundo de la región alteña. Ha tenido la ciudad la pericia de permanecer provinciana —en la mejor acepción de la palabra, es decir, noble, generosa, practicante de la confianza humana y la cohesión colectiva- y cosmopolita. Digamos que el laguense es un cosmopolita provinciano, lo que percibí en 1973 y percibo ahora, en 1998. Y en ello están presentes, como lo describí, las añejas culturas indias, que también transitan por las calles de Lagos y contribuyen a configurar su identidad mestiza, esculpiendo las bases de la cultura popular.

Hace algunos años, en *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, escribí: "...la fundación de Lagos marca un momento culminante de la expansión española en el centro-occidente en general y de la construcción de los Altos como región en particular". Hoy, la ciudad de Lagos de Moreno sigue representando un papel destacado en la continuidad de la Nación y la vigencia de la comunidad sociopolítica que somos. Constituye un patrimonio no sólo su prodigioso paisaje urbano sino, sobre todo, el espíritu de sus habitantes, alérgico a todo lo que coarta la libertad, empeñoso en el trabajo, de alma noble, de sabor provinciano y de profundas raíces de sal latina y vena india.